que no esperimentaba; y asi como pocos momentos antes habia creido odiarle, en aquel instante creia que le despreciaba.

Asi se pasó todo aquel dia, durante el cual estuvo Odoardo muchas veces á punto de revelar su secreto á la condesa que se esforzaba por sonreir siempre que la miraba; pero apenas abria los lábios para hablar, se arrepentia y volvia á sofocar en su corazon el secreto.

En aquella tarde los amagos del Vesubio se hicieron mas espantosos que nunca, y mas de una vez propuso Odoardo á su esposa abandonar la quinta y pasar á su palacio de Nápoles; pero creyendo Lia que Odoardo le hacia aquella proposicion solo por acercarse á su rival, pues el palacio del conde estaba situado en la calle de Toledo, á cien pasos de la de San Giacomo, desechó su proposicion recordándole que el lado del Vesubio donde estaba la quinta habia sido siempre respetado por el volcan. Odoardo convino en ello; pero no por eso se mostró menos decidido á pasar á Nápoles con su esposa, si al siguiente dia se presentaban los mismos síntomas alarmantes en la montaña.

Lia accedió reflexionando que quedaba á su disposicion toda la noche para perpetrar su venganza.

Por un estraño fenómeno atmosférico, á medida que la oscuridad descendia del cielo, el calor aumentaba. En vano se habian abierto como de costumbre las ventanas de la quinta para aspirar el soplo de la tarde: la brisa cuotidiana faltaba, y en su lugar desprendia el mar en ebullicion un vapor pesado y caliente, casi perceptible á la vista y que se esparcia como una niebla sobre la superficie de la tierra. El cielo en vez de estrellarse como de ordinario, parecia una bóveda de estaño ennegrecido amenazando desplomarse sobre el mundo. De vez en cuando venian de la montaña bocanadas de calor insoportable, que parecia llevarse consigo una porcion de las cosas humanas.

Odoardo queria velar, porque aquellos síntomas bien conocidos le hacian temer por su esposa; pero esta le tranquilizaba riéndose de su terror y mostrándose como insensible á todos aquellos fenómenos. Cuando el conde se reclinó sin fuerzas y con los ojos medio cerrados sobre un sillon, Lia se quedó de pié firme, serena é inmóvil, sostenida por el dolor que velaba en el fondo de su alma. El conde acabó por creer que la debilidad que esperimentaba procedia solamente de alguna mala disposicion de su parte. Pidió sonriéndose el brazo á su esposa, se apoyó en él para llegar hasta su cama, se echó en ella vestido, luchó todavia un instante con el sueño, y cayó al fin en una especie de letargo y se quedó dormido con la mano de Lia entre las suyas. Esta permaneció de pié al lado de la cama, silenciosa y sin hacer movimiento alguno, mientras creyó que su esposo no estaba enteramente dormido: pero luego que estuvo casi segura de que el conde se hallaba ya en un estado de insensibilidad, asi al ruido como al tacto, retiró dulcemente su mano, se deslizó hácia la antesala, dió órden á los criados para que en aquel mismo instante marcháran á Nápoles á preparar el palacio á donde habian de ir el dia siguiente y se volvió á su aposento.

Los criados, que no apetecian otra cosa que ponerse á buen recaudo cumplieron en el acto las órdenes de su ama; esta, apoyada en su ventana abierta, los oyó salir, cerrar la puerta de la quinta, y en seguida la reja del jardin. Entonces bajó la condesa, visitó todas las habitaciones, los corredores y las cocinas, y se convenció de que la casa estaba desierta, y de que, como deseaba, se habia quedado sola con Odoardo.

Entró en su aposento, se acercó á su cama con paso firme, metió la mano debajo de la almohada, sacó el kanjian, lo desenvainó, examinó de nuevo su hoja corba y toda matizada de arabescos de oro; en seguida se dirijió hácia la estancia de Odoardo.

La puerta de comunicacion estaba abierta y la luz dejada por Lia en su aposento proyectaba sus rayos en el del conde. Se encaminó hácia la cama guiada por aquella luz. Odoardo continuaba en la misma postura y en la misma inmovilidad.

Cuando llegó á la cabecera alargó la mano para buscar el sitio donde debia herir. Abrumado por el calor el conde se habia quitado la corbata, desabotonado su chaleco y abierta su camisa. La mano de Lia encontró sobre su pecho desnudo y al lado mismo del corazon un medallon que contenia un retrato y cabellos que ella le habia dado al partir para Sicilia, y que siempre habia llevado consigo.

Una exaltacion suprema suele dejenerar en una debilidad estremada. Apenas sintió y reconoció Lia aquel medallon, le pareció que se levantaba un velo y veia pasar una á una cual sombras dulce y graciosas las primeras horas de su amor. Entonces recordó con esa rapidez maravillosa del pensamiento que avanza años enteros en el espacio de un segundo, el dia en que vió á Odoardo por la vez primera, el dia en que ella le confesó que le amaba, el dia en que su amante partió para Sicilia, la hora, en fin, en que volvió para casarse con ella; aquella felicidad que habia soportado sin fatiga, mientras habia estado diseminada sobre toda su vida, quebrantó en aquel momento sus fuerzas, condensándose, por decirlo asi, en su pensamiento. Dobló la cerviz bajo el peso de los dias felices, y dejando escapar el kanjiar de su mano trémula, cayó de rodillas al lado de la cama, mordiendo las sábanas para ahogar los gritos que querian salir del pecho, suplicando á Dios que les enviase á los dos aquella muerte que ella temia no tener ya fuerzas para dar y recibir.

A tiempo de acabar esta plegaria oyó un ruido sordo y prolongado, un fuerte sacudimiento conmovió el suelo y una luz sangrienta iluminó la habitacion. Lia levantó la cabeza y vió que todos los objetos que la rodeaban habian tomado una tinta fantástica. Corrió á la ventana, creyéndose bajo el imperio de una alucinacion, y alli pudo esplicárselo todo.

La montaña acababa de abrirse en una lonjitud de un cuarto de legua. Una llama ardiente se escapaba de aquella grieta infernal, y al pie de la llama hervia, tomando su curso hácia la quinta, un rio de lava que amenazaba devorarla antes de un cuarto de hora.

En vez de aprovechar Lia el tiempo que le quedaba para salvar á Odoardo y salvarse con él, creyó que Dios habia oido y acojido su plegaria, y sus pálidos lábios murmuraron estas palabras impías, "¡Señor, señor, cuan grande y misericordioso eres: yo te doy gracias por todo!"

Despues con los brazos cruzados, la sonrisa en los lábios y los ojos brillando con una voluptuosidad mortal, iluminada por aquel reflejo sangriento, silenciosa, inmóvil, siguió con la vista los progresos devoradores de la lava.

El torrente, como hemos dicho, avanzaba directamente hácia la quinta Giordani, como si, semejante á una de las ciudades malditas, estuviese condenada por la cólera de Dios, y como si el fuego de la tierra, rival del fuego divino, tuviese mision especial de devorar y castigar á sus habitantes antes que á otra alguna; pero el curso del rio de fuego era bastante lento para que los hombres ó los animales pudieran huir ó separarse de su paso. A medida que avanzaba, el aire poco antes pesado y húmedo, se dejaba sentir seco y caliente y los objetos encadenados á la tierra, y en apariencia insensible, delante de la lava, al aproximarse el peligro recibian al parecer la vida para morir. Las fuentes se agotaban silbando, secábanse las yerbas ajitando sus cimas amarillas, torcianse los árboles encorvandose como para huir hácia el lado opuesto á aquel por donde venia el fuego. Los perros de presa que se soltaban por la noche en el parque habian venido á buscar un refujio en la gradería esterior de la quinta, y arrimándose contra la pared, ahullaban lastimeramente. Cada cosa creada, movida por el instinto de la conservacion parecia sublevarse contra el espantoso azote. Lia sola parecia apresurar con la intencion y con el jesto su carrera y murmuraba en voz baja "¡Ven! Ven!"

En aquel momento creyó Lia que despertaba Odoardo, y se abalanzó á su cama. Se habia equivocado Odoardo, sobre quien pesaba duramente su sueño aquel aire devorador, luchaba con algun sueño terrible, pues parecia querer rechazar lejos de sí un objeto amenazador. Lia le contempló breve rato, asustada de la espresion dolorosa de su semblante; pero en aquel momento desatáronse los lazos que encadenaban sus palabras y Odoardo pronunció el nombre de Teresa. ¡Con que era Teresa la que visitaba sus sueños! ¡con que solo por Teresa temblaba! Lia se sonrió de una manera infernal y volvió á asomarse á la ventana.

La lava continuaba marchando y ya habia ganado mucho terreno, pues estendia sus brazos alrededor de la colina en que estaba situada la quinta. Si en aquel momento hubiese despertado Lia á Odoardo, todavia hubieran tenido tiempo para huir, porque la lava batiendo de frente el montecillo y estendiéndose por sus dos flancos, no se habia aun reunido por detras, pero Lia guardó silencio temiendo solo por el contrario que el último grito lanzado por toda aquella naturaleza en su agonía llegára á los oidos del conde y le sacára de su profundo sueño. Empero no sucedió asi. Lia vió estenderse la lava, semejante á una inmensa corriente, y reunirse por detrás de la colina; entonces exhaló un grito de alegría. Era imposible la fuga, pues estaban cerradas todas las salidas. La quinta y sus jardines no era mas que una isla batida por todos lados por un mar de fuego.

Entonces la terrible marea comenzó á subir por los flancos de la colina como un flujo inmenso y redoblado. A cada resaca se veian las olas inflamadas ganar terreno y devorar la isla, cuya circunferencia era cada vez mas estrecha. Pronto la lava llegó á los muros del parque, y los muros cayeron sobre sus olas cortados por su base. Al aproximarse el torrente se secaron los árboles, y la llama chispeando con sus raices subió hasta sus copas. Cada árbol mientras ardia conservaba su forma, perdiéndola solamente al abismarse reducido á cenizas en la inundacion ardiente que continuaba avanzando. En fin, las primeras olas de la lava empezaron á aparecer en las alamedas del jardin, y al verlas Lia comprendió que apenas la quedaba tiempo para despertar á su marido, echarle en cara su crímen y hacerle comprender que iban á morir juntos. Entonces corrió hácia la cama de su marido, y sacudiéndole fuertemente el brazo, le gritó:

—¡Odoardo! ¡Odoardo! levántate para morir.

Estas horribles palabras pronunciadas con el acento supremo de la venganza, fueron á herir la imajinacion del conde en lo mas profundo de su sueño. Incorporóse en la cama, abrió sus ojos azorados, y despues al ver el reflejo de la llama, las centellas de los vidrios que se rompian, y al sentir el temblor de la casa que las olas de lava comenzaban á estrechar y sacudir, lo comprendió todo, y lanzándose fuera de la cama, esclamó:

—¡El volcan! ¡el volcan! ¡Ah! ¡Lia! ¡bien te lo habia dicho!

En seguida corriendo hácia la ventana abarcó de una sola mirada todo aquel horizonte encendido, lanzó un gritó de terror, corrió al estremo opuesto de la estancia, abrió una ventana que daba al camino de Nápoles y viendo que estaban cortadas todas las salidas, volvió hácia la condesa gritando con la mayor desesperacion.

—¡Oh! ¡Lia, Lia, amor mio, alma mia, vida mia, estamos perdidos!

—Ya lo sé, respondió Lia.

—¿Cómo qué lo sabes?

—Sí, hace una hora que estoy mirando el volcan, ¡pues yo no he dormido!

—Pues si no dormias ¿porqué no me has despertado?

—Soñabas con Teresa y no queria despertarte.

—Si, soñaba que querian robar otra vez á mi hermana. Soñaba haberme engañado, pues mi hermana estaba realmente muerta, tendida sobre su cama y en su gabinete de la calle de San Giacomo; soñaba que traian un ataud y que querian clavarla dentro. ¡Oh! era un sueño terrible, pero menos terrible aun que la realidad.

—¿Qué dices? ¿qué dices? esclamó la condesa cojiendo las manos de Odoardo y mirándole de hito en hito, ¿esa Teresa es tu hermana?

—Sí.

—Esa mujer, que vive en la calle de San Giacomo, en el piso tercero, núm. 11 ¿es tu hermana?

—Sí.

—Pero ¿no ha muerto tu hermana?

—Mi hermana vive, Lia; mi hermana vive, nosotros somos los que vamos á morir. Mi hermana habia seguido á un coronel frances, que despues murió. Yo tambien la suponia muerta, pues asi me lo habian dicho; pero antes de ayer recibí una carta suya y ayer mismo la ví. Si, era ella, era mi hermana, humillada, deshonrada, que queria permanecer ignorada y desconocida. ¡Oh! ¡pero qué nos importa todo eso en este momento? ¿No sientes como tiembla la casa? ¿No oyes como se abren las paredes? ¡Oh! ¡Dios mio, Dios mio, socorrednos!

—¡Oh! perdóname, perdóname, esclamó Lia cayendo de rodillas. ¡Oh! ¡perdóname antes de morir!

—¡Perdonarte! ¡amor mio! ¿de qué quieres que te perdone?

—¡Odoardo! ¡Odoardo! ¡yo soy quien te mato! Lo he visto todo, creí que esa mujer era una rival, y no pudiendo ya vivir contigo, quise morir contigo. ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿No hay esperanzas de salvacion? ¿No hay medio de huir? Ven, Odoardo, ven, yo soy fuerte, yo no tengo miedo. ¡Corramos!

Y cojió á su marido de la mano y ambos echaron á correr como locos por todas las habitaciones de la quinta, dirijiéndose á todas las puertas, buscando todas las salidas y hallando por do quiera la inexorable lava que subia sin cesar, impasible, devoradora, y batiendo ya al pié de las paredes que sacudia de una manera horrenda y estrepitosa.

No pudiendo ya dar un paso Lia cayó de rodillas, Odoardo la cojió en sus brazos y la llevó de ventana en ventana, gritando, pidiendo auxilio; pero ya era imposible todo socorro: la lava continuaba subiendo, y Odoardo, por un movimiento instintivo, corrió á buscar un refujio en el terrado que dominaba la casa; pero entonces comprendió realmente que ya no habia remedio humano, y arrodillándose y levantando á Lia en alto como si esperára que viniese un ánjel á cojerla, esclamó:

—¡Oh! ¡Dios mio! tened piedad de nosotros.

Apenas habia pronunciado estas palabras cuando oyó hundirse sucesivamente todos los pisos y caer sobre la lava. Pronto vaciló el terrado y se precipitó á su vez